

por naturaleza, se puede ejercer para que a ti te salga bien o para que a ti nunca más te llamen a una obra de teatro. Se puede usar para abusar o para construir posibilidades.

Necesitamos entonces hacernos estas preguntas sin asumir ficciones políticas como verdades ontológicas, para poder tener mayor agencia y potencia sobre nuestro propio quehacer. Es desde estas comprensiones que propongo lo que desarrollo en los capítulos que siguen.

3. Justicia y dignidad: el doler como logro colectivo

*Y en las noches de luna imaginaria
sueña con la mujer imaginaria
que le brindó su amor imaginario
vuelve a sentir ese mismo dolor
ese mismo placer imaginario
y vuelve a palpar
el corazón del hombre imaginario
Nicanor Parra*

Al centro de lo que vengo proponiendo están la justicia y la dignidad.

Justicia en términos de honrar y enriquecer la sabiduría implícita en las expresiones de doler, el activismo íntimo de las personas y las comunidades.

Dignidad como estructurar contextos relacionales que reconozcan, respeten y celebren la dignidad de quienes nos piden ayuda. No es «dignificar», pese a que yo mismo he utilizado ese concepto, ya que este verbo implicaría asumir que la existencia no tiene valor en sí misma y que el valor estaría dado por las acciones de quienes están en posiciones de poder y que desde ahí definen quiénes son dignos y quiénes no, construyendo unas existencias dignas y otras indignas, y justo es de todo esto de lo que no quiero ser cómplice. Prefiero honrar la dignidad, asumirla como inherente a la existencia vinculada con

aquello que sostiene la vida colectiva, esto es mucho más que meramente lo que se ha denominado humano. Pese a que en mi libro *Dignidad por partes* escribí varias veces la palabra dignificar, prefiero honrar, como un acto de reconocer, respetar y celebrar la dignidad. Transgredimos u honramos la dignidad, no dignificamos, pues eso implicaría asumir que se perdió la dignidad o que se despojó de ella, y no creo que haya tal poder humano que sea capaz de aquello. La propuesta es construir plataformas que la honren y le rindan homenaje.

Sería impreciso que se interpretara de mis palabras esto de la dignidad inherente desde una comprensión estructuralista, una vinculada a la invención de verdades internas como verdades universales. Este no es un proyecto identitario, sino una posición ética de la vida política que, desde mi perspectiva, es quizá de las más importantes para salvarnos del abuso de poder. Es en resumen la simple, básica e insoslayable idea de que nadie vale más, por lo tanto nadie vale menos. Ningún ser humano vale más que otro ser humano ni los seres humanos valen más que los seres no humanos ni los seres vivos valen más que otras formas de existencia como los mares, el oxígeno, las montañas, la tierra, quepan o no en definiciones de qué sería lo vivo.

La hegemonía de prácticas injustas y abusivas pone la línea base del buen trato y el cuidado más abajo de lo que debiera. Muchas veces nos alegramos por cuestiones que son lo mínimo que debiera pasar («qué bueno que nos atendió bien el médico»; «qué alivio que me respondieran bien el reclamo por el cobro excesivo del agua»), incluso a veces agradecemos cuestiones que están muy por debajo del estándar ético mínimo («qué bueno que el profesor no me insinuó nada sexual, aunque no me preguntara si me incomodaba ir a su departamento a revisar el trabajo»; «qué alegría que el papá solo golpeará la mesa y no nos golpeará a nosotros esta vez»). Que tengamos que celebrar el mínimo es ya una señal de cuán abajo lo han puesto las instituciones que debieran sostenerlo.

Por eso nombrar el estándar que representa la línea base, ni altruismo ni buenismo, y negarse a celebrarlo como si fuera algo especial, se vuelve indispensable, sobre todo cuando uno está en posiciones de ventaja.

Ya lo han manifestado de manera más sabia y simple los movimientos sociales: «que la vergüenza cambie de lado» y «que la dignidad se haga costumbre».

El doler es un logro relacional y distribuido

Cuando digo doler me refiero a lo que ha tenido varios nombres en la historia de Occidente: dolor psicológico, malestar o estrés emocional, desregulación, síntomas psíquicos o psiquiátricos, dolor espiritual. Yo prefiero llamarlo doler ético o doler subversivo o simplemente «doler».

Con ético quiero decir todo aquello vinculado a los valores y lo que se atesora en la vida. Está estrechamente ligado con lo que White (2016), siguiendo a Bruner, llamó estados intencionales, los sueños, propósitos, compromisos de vida, las esperanzas, los anhelos, las añoranzas, lo intransable. Todo aquello que moldea y, al mismo tiempo, da sentido a la acción humana. Doler subversivo, porque resalta que esta ética es una subyugada, contrahegemónica o disidente. Lo político es el hecho mismo de la expresión como acción y su impacto en el mundo, dependiendo de la posición de poder en la que estemos parados en las relaciones.

Trabajando con mi colega Carolina Letelier en el Diplomado Avanzado de Pranas, diseñado para enseñar formas de trabajo con quienes han ejercido abuso, surge esta idea así nombrada: el doler es un logro colectivo.

Una estudiante nos escribió un correo preguntando qué hacemos con lo que nos pasa como terapeutas, con el asco, las náuseas, el enojo, la rabia, la pena o el miedo, cuando trabajamos con personas que han ejercido abuso.

Nuestra respuesta involucró tres ideas. Primero, que el problema sería sentir indiferencia frente a relatos de abuso, por lo tanto todas estas sensaciones serían algo así como requisito para poder hacer este trabajo y no volverse un peligro. Segundo, que si asumimos el aforismo de White de que «las personas no son el problema, el problema es el problema», entonces necesitamos intencional la dirección de estas expresiones de doler hacia lo que las personas

hicieron y no hacia ellas. Y en tercer lugar, que nuestra tarea entonces sería lograr que quienes han ejercido abuso pudieran sensibilizarse con lo que sus acciones hicieron a otras personas y pudieran lograr doler con lo que hicieron, y no consigo mismos, es decir, que logren moverse desde la indiferencia o la indolencia hacia el remordimiento o la condolencia.

Desde ese día, he pensado en algunas de las múltiples implicaciones que puede tener entender el doler como un logro y como uno colectivo, de qué procesos hay involucrados que hacen posible doler para algunas personas y para otras no, el darle forma a expresiones contrarias a la indiferencia frente a eventos de abuso de poder, injusticias y transgresiones, esto es, lograr doler. Qué factores posibilitan la sensibilización de la experiencia de la otredad, qué posibilita la resonancia y qué la obstaculiza.

Tampoco es casual que utilice el concepto de expresión para nombrar lo que la gente hace. Expresar viene del latín *exprimere*, que es exprimir, estrujar, hacer salir, derivado de *premere*, apretar (Corominas y Pascual, 1984-1991). Expresar sería, entonces, lo que sale de nosotros cuando algo o alguien nos aprieta. La expresión no es un acto natural, no es expresión de la naturaleza humana ni de ninguna estructura interna, sino al contrario, es una respuesta a algo que está pudiendo ser identificado, es resultado de una distinción y un discernimiento, algo que no pasa desapercibido ni algo cuya forma dada por los discursos dominantes parece inocuo, parte de la vida o lo que es. La expresión en general y la expresión de doler subversivo en particular da forma al mundo, a nuestra experiencia directa e indirecta, de participar en lo que estamos viviendo, de modificar el destino de lo que se nos da o se nos impone, es el primer gesto de agenciamiento.

De problema individual a logro colectivo

Por siglos el doler ético se ha construido como un problema individual y esto no ha sido al azar, es de hecho parte del protocolo patriarcal del silenciamiento.

Le han dado diversas formas, todas como características particulares de alguna identidad adscrita y que producen silenciamiento. Como síntoma de una patología o trastorno mental: «histeria, descontrol de impulsos, anhedonia, ataque de pánico, crisis de angustia, disforia de género, disforia en general, incapacidad para sostener relaciones, disociación, manía, depresión, impulsividad, duelo patológico». O como manifestación de una identidad precarizada por género, edad, nacionalidad, clase social, estatus migratorio, racialización o sexualidad: «debilidad, baja tolerancia a la frustración, hipersensibilidad, exageración, bondad extrema, ingenuidad, inferioridad, inadaptación, inmadurez, tontera, ordinariez, problemática, feminazi, muy pequeña en edad, migrante indocumentada, pobre, negra, latina, maricón, lesbiana o trans». O como expresión de una identidad pobre y criminalizada: «delincuente, flaite², exconvicta, presa, subversiva». O como expresión de una identidad masculina naturalizada: «onvre, narciso, psicópata, descontrolado, alcohólico, energía masculina, dominación, control, eyaculación, energía sexual desbordada».

A todo esto y más es que respondemos en terapia. Personas cuyo doler ha sido patologizado, ridiculizado, descalificado, invisibilizado, criminalizado. Estos son discursos dominantes, por lo tanto marcos de inteligibilidad muy disponibles para interpretar el propio doler y el de los demás.

Estas comprensiones conllevan ciertas respuestas institucionales acordes que producen subjetividades de culpa, es decir, son prácticas culpabilizadoras en base a la ética del amordazamiento.

Si son síntomas, lo adecuado es brindar analgesia, bajarle la intensidad, ofrecer un diagnóstico que enmarque el conjunto de síntomas, ordenar un tratamiento psicofarmacológico y psicoterapia para normalizar la conducta de quien está expresando doler. Todo esto en nombre del bienestar del «paciente».

Si son manifestación de una identidad precarizada, se intenta normalizar a la persona, exigirle que sienta de maneras más adecuadas, que se autorregule, que sea la mejor versión de sí, hacerle saber que está exagerando y que no hay motivo por qué sentir lo que está sintiendo, justificarlo o representarlo en

términos de «es porque es mujer, niño, migrante, negra, loca, puta, débil, maricón, lesbiana, trans», y así.

Si es una identidad pobre y criminalizada, nos involucramos en prácticas de justicia punitiva, de totalización de la identidad y de justificación de la precarización y marginación.

Si se le atribuyen características internas de identidad masculina, puede haber dos caminos. Uno, en un intento más crítico dentro de este sistema conservador de pensamiento, sería que la violencia y el abuso son expresión de la naturaleza del hombre, su esencia. Y en su versión complaciente con el patriarcado, es parte de la normalidad de los hombres, se promueven discursos de energía masculina, de control, de liderazgo, de energía rebosante, de descontrol sexual, de dominación.

Todas estas interpretaciones del doler como un problema individual lo que hacen es involucrarnos en respuestas que lo privatizan territorializándolo en un cuerpo encapsulado, a esto le llamo geopolítica del doler que se construye entre otras cosas en base a una gramática del doler. Así se deja afuera toda la complejidad de la expresión posibilitando a la cultura dominante volverse normalizadora, punitiva y patologizante de cualquier expresión humana que desestabilice el orden impuesto.

Si pensamos el doler como logro, las rutas que podemos tomar abren muchas posibilidades vinculadas a lo que llamo terapia narrativa de la dignidad, fundada en la convicción de que las personas son expertas en sus vidas y que siempre respondemos, no importa lo que esté ocurriendo, siempre encontramos formas de cuidar lo que atesoramos en la vida y estas acciones de resistencia siempre tienen impacto en las relaciones de las personas con su propia vida, otras personas y contexto local y más amplio.

Afirmar que el doler es un logro colectivo es a su vez afirmar que es uno relacional y distribuido. Es relacional, pues el doler en tanto expresión es la persona tomando acción frente a las circunstancias de su vida, pero no es una que provenga de la naturaleza humana, sino de distinciones éticas y morales que posibilitan la expresión de doler, la acción política de expresar en lugar de

la indiferencia o el silencio dócil. Estas distinciones solo son posibles por la asignación de valor que se otorga a experiencias alternativas que sirven de contraste a aquello a lo que el doler está respondiendo y esta atribución de valor a ciertas experiencias es resultado de las relaciones que las personas hemos tenido a lo largo de nuestras vidas. Es distribuido ya que estas expresiones de doler individuales son parte de un doler colectivo que se distribuye en lo que algunas personas llaman malestar social y que suele ser privatizado en los cuerpos individuales y sometido a los procedimientos del protocolo patriarcal del silenciamiento. Dolemos siempre colectivamente aunque el protocolo se encargue de fabricar y distribuir una con-fabulación patriarco-colonial según la cual nuestro sufrimiento sería el resultado de alguna inadecuación personal, una falla en nuestro interior. Andrea lo sabía sin nombrarlo cuando enseñaba a otras mujeres a denunciar, años antes de animarse a su propia denuncia: el doler no era un asunto privado, era una preparación colectiva. El atributo colectivo del doler es amenazante para el sistema que produce inequidades en base a abusos de poder. Por eso, antes de sacar a la policía a la calle a dispararle a la gente en los ojos y llenarles de gases tóxicos, existen procedimientos previos del protocolo, otras policías: la periodística, la judicial, la psiquiátrica, la psicológica, la clínica y la salud mental, entre otras. Cada una con sus municiones: relatos fabricados, impunidad e indultos, diagnósticos, culpa, vergüenza.

Entonces, ¿qué podemos hacer en el trabajo con personas en contextos de psicoterapia individual, familiar, de pareja, colectiva o comunitaria? Lo primero que respondería es que debemos dejar de hacer psicoterapia, aunque usemos los contextos de esta institución, ya que el supuesto a la base de estas prácticas es que los profesionales son expertos en las vidas de las personas y no al revés como en lo que vengo proponiendo. Al dejar de hacer psicoterapia, tenemos la oportunidad de colaborar con las personas en el enriquecimiento y la colectivización de sus expresiones de doler. El primer paso para lograr esto es no interponernos en sus expresiones de doler, queja o sufrimiento, y en segundo lugar unirnos en lo que sea que las personas nos inviten a unirnos asumiendo las tareas o asignaciones que las personas nos den. Esta es la

subversión que se hace posible al reconocer el doler como un logro colectivo en lugar de un problema individual y esto es a lo que la terapia narrativa de la dignidad responde.

¿Qué es la terapia narrativa?

La práctica narrativa es sobre todo una toma de posición. Frente a esa toma de posición explícita, generamos prácticas que sean subversivas. No se puede hacer una práctica subversiva sin tomar posición, por lo tanto no se puede hacer una práctica narrativa sin tener nociones políticas de las relaciones de poder, de la vida, de las éticas donde una está queriendo pararse, desde las cuales una entiende la vida. Quienes dicen ser apolíticos casi siempre reproducen discursos de derecha, aunque no lo sepan, porque la idea de que la política no importa ya es un posicionamiento político. La práctica narrativa es política igual que cualquier otra práctica. Todas las prácticas son políticas. Nuestra existencia es política.

Político porque estamos en relaciones de poder permanentemente, en las que nuestras acciones, desde ciertos lugares de ventaja, tienen efectos reales en personas cuyas vidas dependen en parte, o alguna dimensión de sus vidas depende en parte, de lo que nosotros decidamos hacer o no, y de cómo lo hagamos. Pienso en el rol del terapeuta, del profesional, del representante de una institución. Lo político está en el hecho de tener conciencia de que yo tengo una responsabilidad de cómo ejerzo ese poder. Y para tener esa responsabilidad es menester tener una conciencia de qué hacemos, qué cimienta lo que hacemos, qué efectos potenciales sabemos que tiene lo que hacemos y cómo vamos monitoreando los efectos reales ya concretos.

La terapia narrativa se pregunta lo mismo que cualquier otro modelo terapéutico. Por qué la gente hace lo que hace, siente lo que siente, piensa lo que piensa, emociona como se emociona, vive como vive. Y en general trabajamos respondiendo al doler espiritual, psicológico, ético, político, el nombre que sea que le podamos poner, que conlleve una experiencia completa emocional de

significados, de sentimientos, de memoria, de sensaciones corporales, de percepciones acerca de la vida, de las relaciones, de imaginaciones acerca del futuro y del pasado. Estamos permanentemente trabajando con toda la experiencia de las personas. Todos los modelos terapéuticos tienen una visión de esto, inventan una teoría para dar respuesta a por qué hacemos lo que hacemos, por qué nos emocionamos como nos emocionamos, por qué sentimos lo que sentimos. Las prácticas narrativas no son la excepción, pero la respuesta que encuentran es distinta.

Esa respuesta proviene de estudios políticos, antropológicos, culturales, literarios, y señala que las personas llegan a terapia cuando tienen una sensación de pérdida de agencia, cuando tienen la sensación de que no pueden, de que no saben cómo hacerlo con sus vidas. Entonces la pregunta fundacional es cómo podemos tener una práctica para que las personas recuperen su sentido de agencia. Digo recuperar su sentido de agencia, no su agencia, porque una de las convicciones responsables es que las personas nunca dejaron de ser agentes. Nunca dejaron de tener influencia sobre sus vidas y relaciones. Lo que se pierde es la sensación, la experiencia de tenerla. Entonces la terapia narrativa necesita preguntarse qué es lo que sustenta el sentido de agencia, para saber cómo responder a la pérdida de esa sensación, y nuestro trabajo se va a fundamentar en eso. No es el inconsciente. No es la envidia del pene. No son los sistemas, las triangulaciones ni las alianzas. No es la naturaleza humana. Todo eso puede ser la respuesta desde otras perspectivas, desde el psicoanálisis, la terapia sistémica, el humanismo. Pero ninguna de ellas habla de agencia en el sentido político en que la terapia narrativa lo hace. Hablan de solución, de homeostasis, de otras cosas. El solo hecho de hablar de agencia ya es hablar desde la terapia narrativa, porque la agencia es un término político.

Agencia relacional y distribuida

*¿Se avanza por el mundo o se hace avanzar al mundo cuando se camina?
La física argumenta la primera con una solidez incuestionable, pero
después la vida te va haciendo dudar.
(ÍLG)*

En la literatura se escribe habitualmente personal agency y se ha traducido al castellano como agencia personal. Yo entiendo la intención de White en una dirección más amplia que lo que la traducción sugiere, ya que la noción de lo personal ha tendido a encapsular la agencia en una dimensión individual que White no estaba proponiendo. Yo la nombro como agencia relacional y distribuida, por lo tanto colectiva. La agencia nunca es individual, siempre es colectiva, aunque sea la sensación personal de alguien.

Tomo esta forma de nombrarla desde Paul B. Preciado, desde el transfeminismo y particularmente desde *Un apartamento en Urano* (Preciado, 2019, p. 40). Preciado, y con él toda una tradición de teoría política feminista que incluye a Judith Butler, nombra la agencia como la capacidad de las personas de actuar por fuera de la sujeción que implican las instituciones y estructuras de poder. La agencia es toda aquella acción creativa posible que está desafiando los mandatos o las expectativas sociales. Un hombre que decide no abusar está ejerciendo agencia, porque está yendo en contra de sus mandatos. Una mujer que decide no ser mamá. Una persona que está viviendo un abuso sexualizado³ y que decide sobrevivir. Esa agencia es necesariamente creativa. Estamos en el ámbito de la creación, no de lo psicológico, del arte, de la imaginación, de la invención de mundos. Porque trabajamos con la creatividad de las personas para, por ejemplo, sobrevivir a una violación, que es la práctica fundacional de sujeción, junto con la tortura y otras formas más simbólicas, como la implantación de los miedos y la naturalización de discursos dominantes.

Las personas, siguiendo a Rita Segato (2018), se agencian políticamente. Tienen una conciencia de que participan en sus destinos individuales y

colectivos, en sus destinos políticos. Aunque esté el desastre mundial, la única forma de mantener la esperanza es saber que somos agentes políticos, que tenemos influencia en nuestros destinos.

La definición más narrativa de agencia, más cercana a lo que White (2016) propuso en Mapas de la práctica narrativa, sería la sensación que tienen las personas de poder dar pasos en la vida cuya forma esté dada por habilidades de vida y saberes del vivir que han desarrollado en sus propias vidas sociales y relacionales, y que esos pasos, la dirección que tienen, estén en armonía o en sintonía con aquello que las personas valoran, con lo importante en su vida. La sensación de que mi existir en el mundo no es inocuo, es importante, es relevante. Mi existencia tiene legitimidad. No da lo mismo lo que yo haga, piense, opine, decida, porque el mundo no es pasivo a mi existencia. No me ignora, sino que es responsivo a mi experiencia. La sensación de agencia tiene que ver también con que el mundo me responde.

El feminismo, el movimiento en sí mismo, es una expresión sofisticadísima de agencia. Por eso es un movimiento social, por eso es creativo, por eso está respondiendo al sistema patriarcal y neoliberal permanentemente, de formas creativas. Porque el patriarcado no es creativo. El patriarcado y el neoliberalismo te dicen lo que hay que hacer y te aseguran el éxito con eso. Si uno es obediente, pasa a llevar a todo el resto, transgrede al resto, avasalla al resto. Preocupado por el bienestar individual, el éxito individual, económico, que el patriarcado neoliberal define muy claramente: qué es, cómo se ve, qué implica. Te define qué es libertad, define qué es vida.

Soy...
¿Un reflejo? ¿Un espectro? ¿Un momento? ¿Un trazo perdido? ¿Una
relación? ¿Relaciones? ¿Entramados?
¿Un árbol esquizofrénico?
¿Una dimensión? ¿Una existencia? ¿Una metaexistencia?
¿Movimientos? ¿Lágrimas? ¿Respiración? ¿Ahogo?
¿Tacto? ¿Besos? ¿Recuerdos? ¿Memorias?
¿Soy? ¿Voy siendo?
¿Somos? ¿Vamos siendo?
¿Importa?
(ÍLG)

Conclusiones de identidad

Michael White, leyendo a Jerome Bruner, Foucault, Derrida y Bateson, llega a una comprensión que es una de las raíces de lo que propongo. Son las conclusiones de identidad lo que nos tienen haciendo lo que hacemos. Yo hago lo que hago porque concluyo que soy hombre, que soy profesional, que soy un bueno para nada, que soy inteligente, que soy feo, que soy bonito. Esa conclusión de identidad no es racional, es una experiencia de que yo estoy siendo alguien, distintas identidades, y eso hace que me mueva en el mundo de una cierta manera. Si concluyo que soy culpable de los abusos que viví, tengo cierto marco de acción distinto a si me experimento como alguien que sobrevivió, que fue víctima y que está resistiendo todo eso al mismo tiempo.

Lo que las personas hacen no es el resultado directo de las historias que les son contadas, sino de las conclusiones de identidad que derivan de esas historias. Esto casi nadie lo enseña así en la formación en prácticas narrativas. Yo lo aprendí directamente de Michael White porque tuve acceso a materiales y conversaciones que no necesariamente quedaron escritos en los textos más difundidos. Pero para mí es muy útil, porque entonces entiendo que nuestro trabajo es con conclusiones de identidad que alejan a las personas de su sensación de agencia y las mantienen reclutadas en formas de entender sus vidas que son

hegemónicas, la culpa misógina patriarcal entre ellas. Y que hay otras conclusiones de identidad que posibilitan otro tipo de acciones.

Ahora bien, yo no puedo producir conclusiones de identidad en otra persona diciéndole lo que es. Si le digo «tú no eres culpable», no me va a creer. Si le digo «no, tú eres capaz de hacer bien las cosas», tampoco me va a creer. «No, tú eres inteligente y bonita y capaz», y la persona no reconoce eso como propio. ¿De dónde me está diciendo esto? Me lo dice porque me quiere, porque es mi terapeuta, porque es mi mamá, porque es mi pareja, pero no le creo. Las conclusiones de identidad no tienen que ver solamente con lo que te digan que tú eres, sino con relatos. Las conclusiones de identidad son la conclusión o la deriva de los relatos en los que las personas están paradas. Por eso nos interesan las historias. Los relatos son marcos de inteligibilidad que permiten entender la vida desde otros territorios, desde territorios preferidos, y concluir de la vida, de ti, de tus relaciones, algo diferente. Cuando es una conclusión de identidad preferida, subyugada o contrahegemónica, reconecta con el sentido de agencia.

Por eso nuestro trabajo se fundamenta en buscar espacios, donde sea, para hacer reautoría, para hacer enriquecimiento de relatos preferidos. Todo está al servicio de eso. La externalización está al servicio de abrir espacios para eso. La remembranza está al servicio a veces de abrir espacios y otras veces de hacer una reautoría de una relación. Las ceremonias de definición son estructuras que White propone para poder enriquecer relatos preferidos.

Michael White abre el capítulo sobre re-membranza con una formulación que sostiene buena parte de lo que vengo proponiendo: «las conversaciones de re-membranza se forman en la idea de que la identidad se basa en una 'asociación de vida' y no en un yo nuclear» (White, 2016, p. 159). El doler frente a una pérdida no es daño psicológico privado. Es la conmoción de una asociación de vida.

Para poder acceder a esos relatos, necesitamos ejercer una influencia. Si hay fuerzas operando para que una mujer concluya que es culpable de lo que vivió, eso no lo concluye porque tiene un gen de la culpa que se activó en su cerebro.

Ocorre por lo que yo llamo protocolo patriarcal del silenciamiento, que son una serie de prácticas, de discursos, de leyes que están producidas permanentemente por ciertas instituciones estatales, capitalistas, y que llevan a las personas a concluir que son culpables de los abusos que han vivido. Cuando alguien llega a esa conclusión, dejamos de hablar de la persona que ejerce el abuso. Es muy conveniente para el patriarcado y para la cultura de la violación que las mujeres se sientan culpables de los abusos que han vivido, porque entonces empezamos a hablar de las mujeres, de su culpa, de su bipolaridad, de su depresión, y no estamos hablando del fenómeno del abuso, ni del hombre que decidió abusar en lugar de respetar y cuidar.

Necesitamos ejercer una influencia, no podemos ser neutrales. Esa influencia la necesitamos ejercer teniendo un posicionamiento político frente al sistema patriarcal, al sistema neoliberal, a los sistemas políticos que producen relatos y conclusiones. Todo el proceso que lleva a las personas a concluir de sí mismas que son una miseria, un fracaso, una culpa, una puta, un pobre tipo, un niño problema. Necesitamos estar posicionados. Esa influencia implica todas las convicciones de la narrativa. No es que mi influencia esté desde la nada o que yo desaparezco para que aparezca la persona. Tampoco usamos esa metáfora. Tejemos en conjunto algo, que es distinto. Y yo estoy muy presente.

Terapia narrativa de la dignidad

Formas de hacer terapia narrativa hay muchas y en mi opinión debieran incluso tener nombres diferentes. Hay unas escuelas muy conservadoras, otras que en realidad son sistémicas o eclécticas, incluso asumiendo ontologías normativas, otras que copian exacto lo que aprendimos de White y Epston asumiendo metáforas e imágenes extranjeras, y otras que se parecen más al proyecto que junto a Carolina Letelier en Pranas Chile hemos ido de a poco construyendo, que se fundamenta en traducir las prácticas a los contextos locales y todo lo que implica ese esfuerzo.